D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ta tambien
nviada para
obras histó-
lebres, libro
, Roger de
tan, Vasco
Alvaro de
bió tambien
vantes, otra
ara la colec-

dejar de ser
se mas bien
r en mate-

disposicion
de un ma-
de eruditos

Historia la
sus sienes
sto de Jove-
de lord Ho-
que no ha
s enseñan-
seguir sus

STA.

rja, gran pe-
y di muy mal
mi vida.
io Sandoval).

nbre cuya
nifica go-
os parajes
a), alzá-
andosísimo

decrépito, pero de un aliento. Su cuerpo, que encorvaba ya hácia la tierra, tanto por un ligero vicio de conformacion como agoviada por largos dias de rudos trabajos: conocíase á primera vista que sobre aquellos robustos hombros habia pesado un mundo material, asi como sobre la frente del otro un mundo de pensamientos. Este caballero de tan humilde apariencia, tenia esa mirada dura y fija peculiar de las águilas y de ciertas razas identificadas con la superioridad por la costumbre de ejercerla. Su barba gris, de corte cuadrado, ocultaba una boca sin dientes, hundida por esta causa y por la rara configuracion de las mandíbulas: su cabeza, calva y pelada á punta de tijera, ofrecia una depresion muy de notar por lo nada comun en aquel siglo que aun conservaba la tradicion del tipo español: aquel hombre parecia estranjero.

Hemos dicho que estos dos personajes llevaban media hora de silencio y meditacion en la ventana del convento.

Hacia mucho rato que el de la ropilla negra seguia con la vista á un águila que habia recorrido todo el horizonte, dominado todas las alturas é invadido mas de una vez regiones del aire á que apenas alcanzaba la vista del hombre. Cuando la reina de las aves hubo al fin trasmontado la última cumbre y desaparecido hácia otro horizonte, el que la habia estado observando dió un suspiro, como quien termina una penosa tarea, y dijo á su compañero.

—Creo, hermano Francisco, que moriré pronto.

—Señor... murmuró el otro, no sin estremecerse.

—No hay mas señor que el de cielo y tierra, interrumpió el de la barba gris. ¡Llamadme hermano!—¡Ay! continuó sin dar tiempo á que el clérigo le replicara; ¡qué pequeño me ví el dia que abandoné el mundo de los hombres! ¿Te acuerdas de 1542?

—Me acuerdo, respondió el padre Francisco.

—Estábamos en Monzon y marchábamos al socorro de Perpiñan... ¡Hace quince años! Tú y yo, vestidos de hierro, llenos de juventud y de energía, soñábamos con la gloria de la tierra... Mi nombre atronaba el universo: mi fama domó todas las eminencias como ese águila que acaba de desaparecer por el Mediodía... pero nunca se remontó hácia el cielo tan alto como ella...

—¡Oh, Carlos! ¡Qué grande sois en este momento á los ojos de la eterna sabiduría!

Carlos sonrió melancólicamente.

tud. Primogéni
España, y niet
criado en la có
Catalina, como
vencedor en lo
mi soberbia cr
apenas tenia u
¡Ay, insensato
La vida de l
tentadora, que
mas pronto toq
ceres mundana
en el vacío de n
primer hombre,
habia perdido
que me quedara
la curiosidad y
teza no tenia
grandes gritos,
El ocio, el has
fibras de mi cor
en medio de mi
de los mares.
Nacido al am
mi ternura, no l
que solo en Dios
de mi espíritu, l
digna de mi am
gion...—Perdoi
en vuestra espo
Carlos arrugó
El jesuita hu
—Continuad,
—¡Oh, qué p
mi conciencia! l
triz nos oye desd
Carlos V suspi
por sus labios co
fin, aquel carácte
tiempo, y dió sa
terribles.
—¿Qué sabeis
San Francisco
jesuita, miró fijar
abatir los párpado